

Prólogo

Como decía un autor que influyó mucho, tal vez un libro que ha ejercido una gran influencia ya no pueda ser juzgado, pero un clásico también se define como ese libro al que incesantemente vuelven las distintas generaciones, quizás encontrando otros sentidos aun cuando todas las posibilidades están presentes allí, de alguna manera literal. Así, *La vida nueva* ha acumulado en los siglos de su lectura continua toda una capa de referencias, todos los señalamientos de los poetas y los filósofos que cita, que imita o parafrasea, y todos los indicios de lo que vendrá, los episodios y las palabras de la *Divina Comedia* que se anticipan o que se anuncian. Se observan entonces, contra una lectura de corte romántico que destacaría los elementos biográficos del libro, los tópicos de la lírica provenzal o los diálogos con los poetas del entorno de Dante, a los que él mismo ayudó a nombrar en la historia literaria mucho después, los del *dolce stil novo*, que se encontrarían en varios poemas de este libro: el encuentro con la amada, la física de los sentidos que se combinan para causar el amor, el carácter absoluto de dicho efecto, el ocasional distanciamiento y la petición de excusas, los poemas que se dirigen al poema y lo personifican, los que se dirigen a las mujeres como mediadoras de la dama única, el secreto de su nombre en la letra de los versos, etc. Pero aunque la recuperación de tantos motivos tradicionales pueda objetar

la búsqueda de un relato de vida en el libro, sin embargo, y quizás porque nunca salimos del romanticismo y persiste nuestra fe en la existencia del autor, la impresión de *La vida nueva* sigue siendo la de una experiencia, una larga y reflexiva rememoración de acontecimientos en los que no dejamos de creer. Del mismo modo que aunque nadie crea en la existencia de un infierno, las voces de los que murieron en la *Comedia* y que les hablan a Dante y a Virgilio parecen tan reales, o más bien tan auténticas que se esbozan en el poema como mucho más que fantasmas.

El autor de este libro, que recuerda la escritura de los poemas, la intensidad de esa experiencia escrita, y reconstruye los momentos, las causas de ese conjunto de versos, dice la verdad, la que le pertenece, con tanta precisión, con detalles irrepetibles que no fueron leídos en ninguna parte, que nos comunica su fe en lo que dice. El vestido color rojo sangre de Beatrice, en su aparición fulminante y definitiva, ¿cómo podría no haber existido? Quizás sea un símbolo, el indicio de su transfiguración espiritual, pero también es algo de aspecto casual, misterioso y creíble como todo azar. Y acentúa además el motivo del encuentro inesperado: las calles de una ciudad, dos chicos que no se conocen, una manera de caminar y un gesto, y de pronto se revela ahí el sentido de la existencia y el origen de la poesía.

En el mismo libro, por otra parte, se expone la teoría sobre lo real y lo irreal en el interior de los poemas. Porque si bien el Amor aparece allí como un personaje, que llega al encuentro del poeta, que le habla de su dama, que se ríe, que puede enviar mensajes o traerlos, esa posibilidad de hacer que actúe como una persona un efecto

espiritual o aun una cosa inanimada ya estaba abierta desde los poetas antiguos, que interpelaban a un objeto o a una persona inexistente o a su propia capacidad de escribir. Entonces Dante y sus amigos, y los provenzales que inician un modo de rimar, pueden hacer hablar al poema, que es una cosa, aunque llegue a volverse animado cuando sea oído, o al Amor mismo, que es un accidente y no una sustancia, que no es un cuerpo sino el efecto de una persona real que modifica al cuerpo que escribe. Pero tal disquisición acerca de la personificación del Amor, potente efecto de lo insustancial en el componente anímico de la sustancia de la persona, no deja de revelar su contraparte: Beatrice es real, aun cuando parezca mostrar la encarnación histórica y circunstancial de una trascendencia absoluta. Y tal vez el indicio de su realidad sea que precisamente no emite palabras en los versos, como lo hacen los amigos, o el Amor convertido en amo del poeta o una balada que se expone a sí misma. La sonrisa, el gesto y el saludo definen la inalcanzable pero insoslayable realidad de ella, su persona llena de gracia. Y lo real de su vida, demasiado breve, se reafirma con el gesto definitivo de su muerte, primero posible, dramática, alucinatoria, y luego comprobable, sucedida, transfiguradora. Porque si bien los poemas del libro parecen registrar los momentos privilegiados de la intensidad amorosa, las noticias recibidas, los planes de elogio, las respuestas a diversas incitaciones, los temores y la conservación de un secreto que exalta su objeto, en cambio la prosa que los explica, que los abre en su origen y en el despojamiento de su vestidura figural, retórica, está escrita después de la partida de la amada, cuando

ya no existe en el cuerpo del mundo y se ha convertido en el sentido de toda poesía: una persona que existió y cuyo efecto se sigue manifestando gracias a las palabras en un ritmo. El que no pudo comprobar la suave dulzura de su risa, la honestidad de sus ojos y la fascinación discreta de su boca, podrá leer, escuchar en los poemas esa eficacia que persiste, esa modificación de un hablante que un poco inventa y un poco transfigura su lengua materna, y la de todos los que vendrán.

La figura de Beatrice, casi etimológicamente: la que brinda felicidad, se renovará con la transformación de los mismos versos, cuyo dictado se irá modificando. En este libro inaugural, los dicta Amor, aunque ya se insinúa la identificación de la amada con una luz divina: la mujer que parece un milagro, venida del cielo y destinada al cielo, que difunde “suavidad”, que saluda tan gentil y honesta que enmudece las lenguas y hace apartar la audacia de los ojos, que al pasar deja una estela de elogios murmurados y que cuando abrió los labios en el saludo cortés hizo salir partículas espirituales, como sílabas que ablandan las órdenes de la lengua, y que sin embargo mandan, le prescriben también a cada intimidad una exhalación, una exclamación, eso que no es una palabra pero que anuncia el sentido inarticulado que va de adentro hacia el aire, lo que en la época de esta poesía se llamaba “suspiro”. Porque en esa figura todavía persiste la antigua metáfora del “alma”, el sople y el aliento, la *psyjé*, eso que puede expirar algún día y abandonar el cuerpo.

El título del libro, por supuesto, apela a la transformación de la vida, y hace resonar además el eco de una conversión, como la “buena nueva” que inauguraba esa

religión cuya teología no deja de invocarse en toda la obra de Dante. Aunque ese orden de pensamientos sigue siendo un sistema, es decir, una filosofía, o sea un conocimiento. Por eso la poesía nueva no será la pura rima casual de los que escriben cualquier cosa, lo primero que encuentran, solo para inventar formas y sin preocuparse demasiado por el pensamiento que expresan, sino que será “intelectual” de alguna manera, informada teológica y filosóficamente, atenta a la discusión de otras representaciones del amor, la vida, la muerte y la supervivencia de la memoria. Sin embargo, más allá de la novedad de una vida que comienza en virtud de la iluminación recibida, que fue del amor al estudio y del estudio a la inspiración, también se le dice “nueva” a ella, única fuente de luz. Su apariencia es tan extraordinaria, inusitada, que no se parece a nadie. Beatrice es la novedad en su aspecto absoluto. Pero es una novedad que se reitera en cada paseo, en cada atisbo de su presencia por la ciudad natal, porque la mente, o sea la memoria, no puede guardar su sonrisa ni su gesto, apenas recuerda y repite la conmoción de haberla visto. La imagen, el movimiento de sus ojos y sus labios se pierden en el efecto que producen. Nueva es siempre la vida de Beatrice, en cada una de sus pocas apariciones ante la vista, y el libro de la memoria deberá escribirse para proseguir ese asombro, para que los que no pudieron asistir a su revelación lleguen a entender, a intuir lejanamente la felicidad que propagaba su presencia.

Luego de su partida, las oyentes de la poesía serán las otras mujeres, las “gentiles”, que antes se hicieron más hermosas solo por haber acompañado a Beatrice, a su lado, precediéndola o siguiéndola, mientras su presencia

transfiguraba el mundo aunque apenas pisara una calle en una ciudad entre otras. Y si su ausencia convirtió la multitud urbana, que parece la misma, en un desierto, y tiñó con un velo de viudez toda la ciudad, los poemas que siguen, que la siguen y que la seguirán hasta más allá del mundo visible, vuelven a poblar el lugar. La gentileza se comunicaba de Beatrice a las acompañantes, y así en todo corazón gentil se recibirán las palabras que dictó el amor, que proyectó en el aire y que luego vuelan a su lugar de origen y de destino. Como decía el padre, según lo llamó Dante, del estilo nuevo, Guido Guinizelli: “Al corazón gentil vuelve siempre el Amor / como el pájaro del bosque al follaje”. Al igual que en otros casos, la palabra *gentil*, común a todos los poetas del círculo de Dante y que también proviene de la lírica provenzal, es un término técnico. No indica solo lo que dice, por lo que alguien *gentil* sería a la vez amable y admirable pero también cortés, honesto y humilde, sino que alude además a cierta elevación espiritual. Por supuesto, una dama *gentil*, destinataria de la poesía, es una mujer noble, incluso en el sentido medieval de los niveles sociales, pero en su aspecto espiritual, que para nosotros sería intelectual, se trata de una disposición para escuchar y una capacidad para entender la intención de las rimas que recibe. Por eso, a las mujeres gentiles, que llevan su entendimiento hasta el terreno de la gracia, se dirigirán los sonetos y las canciones que recuerdan y hacen retornar la luz de aquella que otorgaba felicidad. Se trata de una inteligencia de la lengua que en cada uno entró por los labios gentiles de una mujer, mucho antes de la primera página por escribir en el libro de la propia memoria.

Así, el arduo estudio de los libros en latín de la filosofía y los antiguos poemas sin rima se vierte de nuevo, transfigurado, en el estilo nuevo, inédito, inspirado, y dulce, o sea suave, encantador, sin dejar de llamar a la gentileza de quienes escuchan o leen, traduciendo en las formas vulgares el intelecto del amor. Justamente, la poesía nueva que empieza con la vida nueva se dedica a la presencia siempre nueva, por irrepetible y a la vez ineluctable, de la gentil que impuso el amor y la elevación del deseo que se origina en un rostro, en unos gestos corporales, y se transforma en partículas tan inmateriales como eficaces: palabras, entendimiento en once sílabas de rima dulce.

Se recordará que en los últimos círculos del "Purgatorio" hay varias conversaciones sobre poesía, gracias a la aparición de Estacio que acompaña al dúo ya tan estrechamente unido de Virgilio y Dante. Entre los castigados por gula, se encuentra Bonagiunta de Lucca, un poeta significativo por haber trasladado a Toscana las formas líricas provenzales que se habían adoptado en la escuela siciliana, y que participara en ciertos intercambios virtuosos de poemas que se contestaban uno a otro y mostraban las habilidades de la rima y el conocimiento de la tradición. Más afín entonces a un formalismo y menos informado filosóficamente, Bonagiunta interpela a Dante y lo reconoce como autor de la primera canción de *La vida nueva*: "Pero decí si veo al que sacó / afuera los poemas que comienzan / 'Damas que tienen intelecto de amor'". A lo que Dante responde: "Yo soy uno que cuando / Amor me inspira escucho y de ese modo / lo que así dicta voy significando". Entonces el precursor le reconoce una supremacía, porque esa escucha, o su ausencia, era el nudo que

su generación no logró desatar y que lo dejó más acá, en la eternidad de lo previo para siempre, antes de ese *dolce stil novo* que ahora está escuchando. Porque la filosofía, la física, la escala triple de la *Comedia* también se van escribiendo con el oído. Buonagiunta se despide subrayando esa única diferencia: “Veo bien que sus plumas van detrás / del que les dicta muy estrictamente, / lo que a las nuestras, claro, no les pasa”, y nadie podría observar otra cosa entre un estilo y otro, concluye casi contento el precursor. Pero ese dictado no es una obediencia estricta a la forma, sino el despliegue del nudo que ata el cuerpo a las palabras, la transcripción de lo nuevo, esa aparición única, en el retorno de lo incorpóreo al cuerpo mientras escribe, como espíritus a la vez materiales e invisibles que viajan de una mirada y una sonrisa hasta las pulsaciones del que las recibe, que se vuelve así un follaje claro, una selva amable adonde regresa siempre el amor, alado y tan diminuto como potente, según la alegoría de los poetas antiguos. En el siguiente círculo del “Purgatorio”, con los lujuriosos, estará el ya mencionado “padre” del estilo nuevo, Guinizelli, cuya canción más célebre afirma ese modo de dictado que transforma la vida entera y que no solo fabrica poemas.

Por otro lado, el amor que sostiene su efecto más allá del encuentro, que modifica la estructura de la mente introduciendo en ella unos espíritus vivaces e inquietos que mueven el pensamiento de manera inaudita, también está supuesto en el deseo de saber. A través del amor, el alma y el saber se hacen amigos, y esta es la definición de la filosofía, según el *Convivio* de Dante, que no deja de subrayar esa etimología de la palabra griega, tantas veces traducida. En esa misma obra, dice que “los pensamientos amigos de

la filosofía son abstraídos de las cosas terrenas y bajas”, aunque también se podría traducir que son “extraídos” de ellas. Del mismo modo, un cuerpo terreno se abstrae, se extrae del mundo, para volverse un pensamiento que reúna lo más íntimo y lo que se quiere saber, el misterio de la unicidad de la persona y su despliegue en actos y en huellas espirituales. *La vida nueva* anuncia entonces la ascensión alegórica de su amada, fuera del cuerpo, que se convertirá en el saber supremo y en una guía de la divinidad múltiple e indivisible. Pero no todavía, puesto que la mayoría de los poemas se escribieron mientras Beatrice vivía, y los que lamentan su muerte y celebran una posible transfiguración en la eternidad aún están directamente ligados al paso de su cuerpo nuevo, inédito, milagroso, por unas calles y en medio de otras personas. Puesto que el milagro nuevo y gentil está unido en los momentos de cada poema a lo que ella parece cuando pasa o cuando casi sonrío. Aun cuando la prosa escrita a posteriori para abrir los poemas a un sentido más claro, que se logra dividiéndolos en partes que forman proposiciones enlazadas, ya suponga como preestablecida la conversión de la “nueva” (*nova*) en “buena nueva”, predicha por el número nueve (*nove*) que preside el primer encuentro, a los nueve años, y el segundo, nueve años después, y todas las fechas conectadas con ese número mágico que incluye el año de su muerte. El nueve presidirá además la construcción del mundo de las pesadillas, que son consecuencia de los actos de cada uno, y del mundo nuevo de la redención, al que partió Beatrice cuando dejó en el poeta la señal de la vida nueva, como una estrella en el cielo cada vez que se cierra un viaje rítmico de a tres pasos, en los tercetos dados

al pensamiento y a la esperanza del cuerpo que escribe, que aún produce sombra y no deja pasar los rayos de luz en los círculos subterráneos y en la montaña que se va haciendo más diáfana, respectivamente.

Por un motivo que es una cuestión de fe, en el librito no aparecen más nombres propios que el de Beatrice. El varias veces aludido Guido Cavalcanti aparece como el “primer amigo”. Otras perífrasis esconden los nombres de una hermana de Dante o de un hermano de Beatrice. La ciudad de Florencia siempre se nombra como “la citada ciudad”, “la mencionada ciudad”, lugar de nacimiento del poeta, de su dama, del círculo de poetas entre los que escribe y con los que dialoga, en verso y en prosa. Luego de la muerte de la amada, esa ciudad pierde aún más su floreciente nombre y se confunde con la patria ingrata del poeta. La ciudad desolada se vuelve un desierto, se convierte además en la ciudad doliente; y como es sabido, luego el infierno estará poblado de florentinos. En uno de los últimos poemas del libro parece anunciarse el exilio, el destino peregrino de Dante, en la figura de unos viajeros pensativos, lejos del lugar natal, para quienes el presente no significa mucho. ¿Qué hay en el presente tras el eclipse terrenal de su sonrisa? Tan solo, en la misma ciudad, en su lengua un poco construida y otro poco escuchada antes de cualquier libro, antes de la memoria, otras gentiles, mujeres a las que seguir escribiéndoles sobre el amor, sobre ella. Compasivas y solícitas, ellas son un destino de las rimas que elevarán al absoluto el aparente azar de los recuerdos.

Pero como la vida no puede reiniciarse, no se renueva desde un principio, sino que vuelve siempre a su novedad,

su unicidad irreplicable, lo que viene después es la continuidad de una promesa. Ella era nueva a los nueve años y lo será de nuevo a la edad de la rima matemática en la que empieza otro viaje, a los treinta y tres. Para que su efecto viva en la tierra, en los libros, tal como se instaló en el cielo, sin tiempo.

Creemos que no tenemos esa fe y repetimos, me repito cada tanto que nada es eterno, pero ¿qué pasa con las huellas de amor que permanecen en la materia, en esa ondulante materia que es la lengua, un idioma entre otros, y que seguimos recitando con tan extraña fidelidad? Si la salvación solo fuera literaria, Dante es nuestro guía, como Virgilio para él, y este librito es el origen del libro total, que aún está en el pensamiento, en su selva áspera y fuerte, por eso el acto de fe que queda, lo que resta y nos resta también, es el estudio.

Para la traducción seguimos la antigua edición de Michele Scherillo, editada por Ulrico Hoepli en Milán, en su tercera edición revisada de 1930. Su prólogo y su bello, entretenido y minucioso aparato crítico me ayudaron a establecer algunos sentidos que el uso dantesco de ciertos términos alejaba del italiano actual. No normalizamos tanto la prosa como para no apartarnos de cierta literalidad, pero intentamos que aquello que está escrito para aclarar, abrir la poesía mediante la prosa, en efecto lo haga.

En los versos, dentro de lo posible, mantuvimos los endecasílabos de los sonetos y su mezcla con heptasílabos de baladas y canciones, y solo abandonamos esa loable

pero no fanática adhesión prosódica cuando teníamos que preservar detalles importantes del sentido. El acompañamiento de los poemas en su lengua original en esta edición permitirá reconocer los éxitos y los fracasos de las versiones.

Debido a que no mantengo las rimas, salvo por la coincidencia familiar de las lenguas en sus etimologías, tampoco adopto la división en estrofas marcadas de las partes del soneto o de los poemas más largos, dejándoles su potencial unidad a la manera moderna. Ya Dante se encarga de las divisiones de cada escrito, aunque para aclarar el sentido, más allá de la forma, puesto que sus glosas son parcialmente análisis de las proposiciones que incluye un poema dado.

Espero no haber opacado demasiado la luz siempre renovada, siempre naciente, de este pequeño gran libro del origen de la poesía en las lenguas que hablamos después del latín.

Silvio Mattoni, Córdoba, 31 de agosto de 2022